

# EL

# FÍGARO

Tomo I

SAN SALVADOR, JUEVES 25 DE OCTUBRE DE 1894

Num 2.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

ARTURO A. AMBROGI

VICTOR JEREZ

SECRETARIO DE REDACCION:

ANTONIO SOLÓRZANO.

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93.

“EL FÍGARO”

*Periódico Literario*

Se repartirá todos los jueves por la mañana.  
Valor de suscripción, por dos meses: 75 centavos.  
Número suelto: un real  
Centro-América y exterior, por semestre: \$ 2  
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el primer mes del abono.  
Se admiten avisos á precios convencionales.

La colaboración para “EL FÍGARO” será solicitada por la redacción.

En ningún caso se devuelven originales.

## SUMARIO

DE LA ESCARCELA ...	LOHENGRIN
PARA LAS PRIMERAS PAGINAS DE SU “PETIT ALBUM”	
	CONDE PAUL
A FIDELINA AMBROGI. ....	ANTONIO SOLÓRZANO
DEL CABALLETE. ....	ARTURO A. AMBROGI
SOR FILOMENA. ....	RUBEN DARIO
PARA UN MENU. ....	M. GUTIERREZ NAJERA
LA APRENSION. ....	ARTURO A. AMBROGI
LOS PENSAMIENTOS. ....	ISAIAS GAMBOA
DE PASEO. ....	CONDE PAUL
LUISA CAMPOS. ....	MIGUEL E. PARDO

## DE LA ESCARCELA

Toca á las puertas la melancólica estación en que se van las hojas al golpe del viento otoñal, como se van las ilusiones al impulso del viento de la realidad. Conocer la verdad de las cosas es algo como desesperarse: que se sequen las flores, que pasen las ondas perfumadas y que sin sentirlo llegue la vejez; pero que se realice todo sin que tengamos el dolor de comprenderlo.

Ya que por dura y triste ley vamos con el tiempo que pasa, sabiendo muchas cosas y apurando muchas amarguras, que no se nos arranque el fondo de idealismo que forma el encanto de la vida y que nos proporciona el dulce recuerdo de pasadas ilusiones y el ansia de infinitos goces. La inscripción que encontró Dante en la puerta del Infierno no podemos comprenderla.

El libro que mata la esperanza debe tirarse por la ventana.

¿Qué ensueños son las de la tumba? preguntaba Hamlet. Libre el alma de su cárcel terrena no debe soñar; pero viene una duda. ¿Qué esperanzas son las de la tumba?

Hay una filosofía del desencanto, y el sentido común que no es común á todos los hombres, vé sólo un loco en don Quijote y niega al hidalgo manchego todas las nobles cualidades que lo animaron en su caballereza lid. Esos señores que así piensan, se van camino de la astucia de Sancho.

Pero en fin, viene el otoño, tenemos suficiente humedad para que á la vuelta de un poco de tiempo los hermosos maizales, den al viento la música de sus sonantes cañas y jugueteen los haces de luz en las verdes lanzas del cañaveral.

Esas lanzas, son las armas que presenta la naturaleza al obrero, que es capitán general de la actividad y que libra las batallas mas hermosas: las del trabajo.

Ya no más lluvias, bien saben las amantes de las flores, cómo harán para tener flores bastantes que prender en el corpiño, gardenias inmaculadas que ofrecer en el altar y cándidas azucenas y nevados lirios, que perfumen á la hora misteriosa de la tarde.

Esos dias lluviosos en que el monótono caer de las gotas de agua entristece tanto, no son para repetidos. Con ellas viene la nostalgia y por



ellas se van las tardes alegres y llenas de vida, que brinda la primavera.

Queremos agua; pero hasta que haga nacer las flores y esmalte los prados, agua que se prendá del extremo de las hojas y donde se irise la luz, agua que murmure en el arroyo, que se agite en el eterno vaivén de las ondas y agua que se deslise en las hermosas cabelleras negras y en las profusas cabelleras rubias.

Que vaya el agua á lo alto y que forme en el fondo azul de los cielos esas ligeras y blancas nubes, que flotan como ilusiones de niño ó como velos de vírgenes.

Mientras llueve, el espíritu se entristece y el aire frío que se cuele por la entornada ventana, nos hace pensar que hay un frío—el de la vejez—contra el cual no hay fuego bastante y que no se quita por más que nos abriguemos. Quizá el fuego de la juventud se apaga; porque cae sobre él mucha agua, por que lloramos mucho; porque hay muchas lágrimas que no aparecen al exterior y si caen sobre el corazón.

El filósofo que consideraba al fuego como el principio de la existencia, quizá andaba en el camino de la verdad: á medida que hay más calor, vivimos menos, pero vivimos mejor. Que termine la vida, pero que termine cuando haya bastantes fuerzas. Ya lo dijo Menandro "muere joven aquel á quien los dioses aman."

Puesto que tanto ha llovido, que lleguen luego aquellos vientos de octubre, que traen dulces remembranzas de la niñez, tanto mas sentida cuanto mas se aleja y tanto mas apreciada cuanto mas se recuerda.

El agua que ha caído que sirva para fecundar la tierra y que no sea el agua del olvido en cuyo oleaje se hundan los sueños y los amores, sino el agua rosada que besan tenues rayos de luna.

\*\*\*

Hoy tocan á muerto por una ingrata ejecución. Las golondrinas del parque de Bolívar son objeto de enojo. Ellas, que visten de color oscuro, como vestimos nosotros de negro cuando el pesar nos afiije, ellas cantadas por Becquer, queridas por todos los poetas, simpáticas mensajeras de la estación en que revientan los botones y en que se besan las almas, ellas son ahora lanzadas del árbol en que se contaron muchas deliciosos relatos de amor.

Arrojarlas de la casa es procedimiento cruel. Allá en el alero de viejo edificio hay un nido formado de débiles pajas, aguardan á la madre los tiernos pajarillos; pero la madre no llegará; de una manera despiadada ha muerto á la sombra de los naranjos en flor.

¿Porque matar á las golondrinas? ¿Porque matarlas, cuando ellas no quieren abandonarnos?

El árabe respeta mucho á sus huéspedes y las golondrinas huéspedes nuestros son.

Para colmo de pesar, algunos chicuelos se complacen en perseguirlas y pobre de la que atrapan por que le rompen las alas y ahí se quedan las pobrecitas sin poder cruzar los aires, bus-

ca de nuevos árboles donde abrigarse, en demanda de calor y de misericordia.

Aves viajeras son las golondrinas y nosotros ¿acaso no somos también viajeros? Vamos por este penoso camino de la vida, vamos al contrario de las golondrinas, ellas dejan el invierno por el verano, nosotros á la fuerza, dejamos la primavera y nos dirigimos al invierno.

Hoy si podriamos decir que las golondrinas no volverán; por que éstas dejaron los azahares y las que vengan serán nuevas, traerán recuerdos de otros cielos, perfumes de otras flores. Pero éstas que desde lo alto de los naranjos vieron pasar tantas parejas enamoradas, éstas que oyeron tantas palabras dulces, que despertaban con las notas de nuestra música, que lloraban por la muerte de la tarde y saludaban la llegada de la aurora.....éstas.....¡no volverán!

LOHENGRÍN.

## Para las primeras páginas

DE SU

"PETIT ALBUM"

¡Como es de gentil mi muchachita blonda! Es su nombre, dulce, nombre de angel, nombre de musa, encarnado en la más adorable de las chicuelas. La llamamos Fidelina. ¿Ois? — Fidelina!— ¿No es eso como una armonía celestial, suave y ondulante? Fidelina es nombre de serafin. No puede nombrarse así á una morena. Fidelina es nombre blanco. Si Fidelina debe ser blanca y blonda como mi condesita suave; debe tener los ojos tan azules como ella, las mejillas tan sonrosadas como ella y..... ¡pocas Fidelinas tienen esa gracia! En la barba mofletuda, un hoyuelo delicioso que forma, al cosquillar la risa en los rojos y frescos labios, y en el que pueden andar, holgadamente, cuatro besos faltos de alas.

¡Oh!—¡Salve mi personita real, cuando sentándose sobre mis rodillas y haciendo rodar, de un solo golpe de sus manecitas, el libro en que leo ó la pluma con que escribo, une sus labios en botón, intactos, á los míos, reseco ya y extragados de contactos femeniles! ¡Cómo me reaniman! Un beso suyo me estira. Es como unsagrado "¡Excelsior!" que me hace recobrar mis fuerzas perdidas! Un beso suyo es la mejor estrofa; un mordisco en sus brazitos gorditos y albos ó en su cuello nevado, es el mejor y más rico trozo de prosa que pueda hacerse brotar de unas cuartillas. Ante ella, ante el triunfo de su gracia y la afrenta de su risa cándida, depongo, vencido, humillado, mis armas. Es mi ama y señora. Ante ella soy incapaz.

¡Cuando llora! ¡Si vieras, lector mío, señorita lectora, señora mamá que dejais á un lado el libro para ir á la cuna de vuestro hijo que lle-



ra; ¡que carita la que pone! ¡Qué divina es su aflicción pueril! Lloro por el Pierrot blanco que al dar un salto se descalabra; por el caballo que que rige un rey mago, negro y feroz como un hotentote, y que al trotar se rompe una pata; por la cabra que se ha zafado un resorte, y ya no hace, con ritmo plañidero: ¡mú! ¡mú! Si. Es divina su aflicción! Son sabrosas sus lágrimas!

Ahora, soy su ujier. Le he levantado este palacio donde llegarán reyes y príncipes del arte á rendirle homenajes. Aquí estoy yo, en el vestíbulo, al pie de la blanca escalera, toda llena de flores, esperando á los que llegan. Arriba, ¡oh! arriba, señores visitantes que limpias, antes de subir, las zuelas de vuestras zapatillas en la estera suave, hay risas cándidas y traviesas que se desparrraman locamente, gritos que emergen de unos labios muy rojos.....Todo! Allí os espera ella. Llegad. Os dará un beso, en pago de vuestros obsequios. Pero.....Esos besos no serán tan dulces, ni tan deliciosos, como los queda á su hermano, á su Conde que la adora y la mima.

¡Oh!—Salve por mi Condecita blonda! ¡Bien hayan para ella los pájaros azules de las estrofas, los párrafos de prosa riente y gloriosa!

CONDE PAÚL.

Octubre 4—1894.

## A Fidellina Ambroggi.

EN SU "PETIT ALBUM."

En estas hojas, albas y tersas,  
Dejar quisiera un cuento azul,  
Tan primoroso cual los que escribe  
Tu buen hermano CONDE PAÚL.

Te narraría una historieta  
Del tiempo viejo que ya se fué,  
Como la historia de aquel reicito  
De la "Leyenda del Rey Bebé"

Describirías bellas ciudades  
Con sus palacios y sus jardines,  
Donde reían los campesanos  
Mientras bailaban los arlequines.

Donde entre aromas de los rosales  
Trinaban libres los ruiseñores,  
Y do cantaban al son de guzlas,  
Enamorados, los trovadores.

Te contaría cuentos de brujas  
Que conjuraban hórridos males,  
Y que á su antojo, de cenicientas  
Hacían bellas princesas reales.

Y te diría cómo los duendes,  
Sin que los vea ningún papá,  
Llevan al lecho de los niñitos  
El aguinaldo de Navidad.

Te dijera algo de una amiguita  
Que por los dulces sabe llorar,  
Y que conversa con sus muñecas  
Y con los mirlos sabe cantar.

Mas, ay! perdona mi humilde pluma.  
Narrar no puede un cuento azul,  
Tan primoroso, cual los que escribe  
Tu buen hermano CONDE PAÚL.

ANTONIO SOLÓRZANO.

## Del caballete

CROMO.

Primavera.

Una mañana de Mayo, clara, radiosa. Un cielo limpio, azul, bordado á penas de leves nubes, vellones de algodón. En un jardín, frente á una linda casita blanca. Una avenida arenosa bordeada de árboles frondosos y murmurantes. Al final, una coqueta pila de bronce. De los cuernos que sostienen grupos de tritones de metal, salta el agua en chorros caprichosos. Blancos cisnes chapusean, posados al borde de la ancha taza, mientras bandadas de palomas revolotean sobre los follajes de los naranjos cargados de azahares.

Una niñita, como de seis á siete años, juega en la avenida con un aro, mientras la madre, acostada sobre el mullido césped, bajo un follaje espeso, lee un libro ricamente empastado. Es un libro de Gauthier; pero no lee. Solo tiene ojos para ver á su hija que corre tras el aro que ella misma impulsa, sudorosa, rojas las mejillas. jadeante el pecho, que abriga bien una blusa á la marinera, cerrada hasta la garganta. ¡Qué divina chicuela! ¡Qué travezuela y gentil!

De pronto el aro rueda sobre un *parterre* cubierto de césped y va á meterse en un rosal enmarañado, lleno de capullos entreabiertos y rosas en plena vida.

¡Oh! ¡Qué dificultad para sacar el aro! ¡Cómo hará?

Mete su blanca manecita entre el ramaje.

De pronto un grito de dolor sorprende á la madre, que en esos momentos está distraída:

—Ay!

Y corre, corre presta, afligida, á dar protección á su hija.

Separa con cuidado las ramas y liberta al pobre pájaro cautivo. La manecita estaba cojida por dos ramas que, crüeles, enterraban en la fina epidermis sus espinas. ¡Pobrecilla! Las heridas son varias y brotan bastante sangre.

Arrastra la madre á la niña hacia la pila y después de sumergir repetidas veces en el agua



la manecita herida, la envuelve cuidadosamente con su pañuelo de batista.

¡Pobre chicuela! ¡Seguramente se pondrá mala!

Mientras tanto el aro queda cautivo en el rosal enmarañado y cruel, y gotas de sangre fresca y roja manchan el albo tapiz que sobre el césped forman los pétalos, que al sacudir la madre los arbustos, se desprendieron de las rosas marchitas.

ARTURO A. AMBROGI

## Sor Filomela

YA está hecho, por todos los diablos! rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajeno.

El empresario—ese famoso Krau,—¿no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral ornado de rubios alcohólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego, secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.

—“¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia: lo he presenciado todo. Si te he de decir la verdad, fué una cosa conmovedora... No somos hechos de fierro...” Contóle lo que había visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar el velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con su vestido oscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca. Después los comentarios de la gente. “¡Una cómica, monja!... A otro perro con ese hueso...” Barlet, el enamorado romántico, veía á lo alto y bebía á pequeños sorbos.

\*\*\*

Eglantina Charvat, mimada del público parisiense, había sido contratada para una *tournee* por los países de América. Bella, suavemente bella, tenía una dulce voz de ruseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenía los cabellos un tanto oscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacía con gracia propia para recogerlos, el mismo encantador movimiento de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante brodelés que la adoraba y la mimaba, un buen día, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Tímida y adorable, obtuvo una victoria espléndida. Quién no recuerda la locura que despertó en todos, cuando la vimos arrullar, incomparable Mignon:

*Connais tu le pays où fleurit l'oranger...*

Festejado por nababs y rastas puñ raro

temperamento, estraña alma, conservarse virtuosa, en medio de las ondas de escándalo y lujuria que á la continua pasan sobre todo eso que lleva la gráfica y casta designación de *carne de tablas*. Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba su madre para conducirla á la casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupó de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado: nadie sabía que la aplaudida Eglantina favoreciese á ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza. Almita, angelical encerrada en las más tentadora estatua de rosado mármol!

\*\*\*

Era ella una soñadora del divino país de la armonía. ¿Amor? Sí, sentía el impulso de amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galanterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible una canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba, ponía en su voz el trino del ave de su alma: y así era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y entrevisto, y de sus labios diminutos y rojos, caían, á gotas harmónicas, tremolés cristalinos, arpegios florecidos de melodía, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su íntimo tesoro. Juntaba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos. Era devota...

—¿Pero no estáis escribiendo eso de una cómica?...

Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgencita de la cabecera de su cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovía á los públicos y ponía el estremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas, interpretando la variada sinfonía de los amores profanos, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando también los deliquios del infinito amor divino; y así, que vagaba entre las rosas terrenales como una mariposa de virtud, iba á cortar en los jardines del paraíso las margaritas celestes que señalan los senderos de luz por donde yerran, poseídos de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con las alabanzas á la Reina María Santísima y al dulce Príncipe Jesus.

Un día, empero, llegó el amado de su ensueño, el cual era su primo y se llamaba el capitán Pablo. Entonces comenzó el idilio. El viejo



bordelés lo aprobaba todo, y el señor capitán pudo vanagloriarse de haberse desflorado con un beso triunfante la casta frente de lys de la primaveral Eglantina. Ella fabricó inmediatamente dos castillos en el aire, con el poder de su gentil cabecita: 1º aceptaría la contrata que desde hacia tiempo le proponía el obeso y conocido Krau, para una *tournee* en América; 2º á su vuelta, ya rica, se casaría.

Concertada la boda, Eglantina firmó la célebre contrata, con gran contentamiento de Krau, que en el día del arreglo presentó más opulenta y encendida su formidable nariz... ¡Qué negocio! ¡Qué viaje triunfal! Y en la imaginación veía caer el diluvio de oro de Río, de Buenos Aires, de Santiago, de México, de Nueva York, de la Habana.

\*\*\*

También firmó contrato Barlet, ese tenorcito que, apesar de su buena voz, tiene la desgracia de ser muy antipático, por gastar en su persona demasiados cosméticos y baillantinas. Y Barlet "¡por todos los diablos!" se enamoró de la diva. Ella, apesar de las insinuaciones de Krau en favor del tenor, pagaba su pasión con las más crueles burlas. ¡Burlas en el amor? Mal echo. En los buenos días de la Provenza del siglo XIII, habría merecido versos severos del poeta lírico Fabre d'Uzes y la marquesa de Mallespine la habría condenado por su crueldad, á dar por lo menos, un beso en público, al desenturado y malferido adorador. Eglantina llevaba en su corazón la imagen del capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y el enviaba su amor con el pensamiento.

...El primer castillo aéreo comenzaba á solidificarse. En Río de Janeiro ganó la diva crecidas sumas. El día de su beneficio recogió una cestilla de diamantes. El emperador Don Pedro, q. d. D. g., le envió un imperial solitario. Y en Montevideo, Buenos Aires, en Lima, fué para la deliciosa Mignon la inacabable fiesta de las flores y del oro. Entre tanto, Barlet desafinaba de amor; y más de una vez se inició en su contra la más estupenda silva. Pasaron meses. En vísperas de regresar, Krau recibió propuestas excelentes de Santiago de Chile, y se encaminó para allá con su compañera. Eglantina estaba radiante de gozo. Pronto volvería á Francia, y entonces...

Mas un día, despues de leer la carta de París, al concluir la temporada Municipal, la diva se quedó pálida, pálida. Allí, en la tierra de la porcelana y del opio, en el horrible Tonkín, había muerto el capitán. El segundo castillo aéreo se había venido al suelo, rompiendo en su fracaso la ilusión más amada de la triste almita angelical. Esa noche había que hacer *Mignon*, la querida obra favorita, tenia que cantar Eglantina con su aurea voz arrebatadora:

"Connais tu le pays, où fleurit l' oranger...?"

Y cantó, y nunca, ¡ay!, con mayor encanto y ternura. En sus labios temblaba la balada

lánguida de la despedida, el gemido de todas las tristezas, la cántiga doliente de todas las desesperanzas... Y en el fondo de su sér, ella, la rosa de París, sabía que no tenía ya amores é ilusiones de la tierra, y que solamente hallaría consuelo en la Reina Maria Santa y en el dulce Principe Jesus.

\*\*\*

Santiago estaba asombrado. La prensa hacia comentarios. El viejo bordelés, que habia acompañado á su hija, lloraba preparando sus baules... ¡Adios, mi buena Eglantina!

Y en el coro del Monasterio estaba de fiesta el órgano; porque sus notas iban á acompañar la música argentina de la gargante de la monja... Un ruiseñor en el convento; una verdadera Sor Filomela!

Y ahora, caballeros, os pido que no sonriais delante de la verdad.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires.

## PARA UN MENU

Las novias pasadas son copas vacías,  
en ellas pusimos un poco de amor;  
el néctar tomamos... huyeron los días...  
¡Trae otras copas de nuevo licor!...

Champaña las rubias de cutis de azalia;  
borgoña los labios de vivo carmín;  
los ojos oscuros son vinos de Italia;  
los verdes y claros son vinos del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;  
las negras pupilas escancian café.  
Son ojos azules las llamas traviesas  
que trémulas corren como almas del thé!

La copa se apura, la dicha se agota;  
de un sorbo tomamos mujer y licor...  
Dejemos las copas... Si queda una gota,  
que tome el lacayo las heces de amor.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Méjico

## LA APRENSION

(PARÁFRASIS DE UNA LEYENDA CHINA\*)

Estío.....

Atardese. Y los postreros reflejos del sol  
doran débilmente los vastos campos de arroz.

\* Del poeta Felix Linmedoux.



Reina un silencio profundo. Y todo está bajo la influencia de un marrasmo estival. Las brisas corren ledas, perfumadas de alcanfor. El arroyo se desarrolla tranquilo, besando las espigas doradas y las aves dan al viento sus últimas endechas.

A esta hora, en la pagoda silenciosa, lejos del bullicio, Kin Kón, el gran sacerdote, eleva sus oraciones al Dios, grande y poderoso. Sumido en su contemplación, preocupado en mascar sus rezos, Kin Kón no advierte la pasada de un fantasma negro, bajo la nave de la pagoda. Es un fantasma que va blandiendo una guadaña enorme.

Cerca de Kin Kón se detuvo. Al verle el sacerdote se puso en pie, lleno de asombro y le increpó, con voz segura:

—¿Quién eres?

—Yo?—repuso el fantasma—¡Soy el Cólera! Y voy hacia tu tierra. Del Gangés vengo y he hecho mi carro de los fuertes vientos que me arrastran. En mi aliento llevo la muerte, una muerte horrible. Traigo el miasma destructor de los pueblos.

—¿Y á cuántos matarás? Ten siquiera un poco de consideración.

—¿Cuántos mataré? ¡Quien sabe! No podré echar cuentas. Tú pides consideración para tus gentes?

—Yo la pido de rodillas, mi señor!

—Bien. Mataré quince mil. ¿Te parece amigo?

—¡Caramba! ¡Son bastantes! ¡Quince mil! Pero; está bien. ¿Juras cumplir tu ofrecimiento?

—Te doy mi palabra, sacerdote de Budha!

Y el fantasma abrió las enormes alas de murciélago y volò.

Kin Kón volvió á sumergirse en sus rezos y contemplaciones al Dios.

Y fué noche. Ya la brisa calmaba, y el sol se ocultó, y la campiña de arroz, quedó sumergida en una penumbra fatídica.

\*\*\*

Y la peste abatió el país. Luto, desolación, hubo hasta en el último caserío. ¡Qué terrible! Treinta mil murieron y al fin la peste cedió.

\*\*\*

Estío!

Atardece. Los últimos rayos de un sol fuerte doran los vastos campos de arroz.

Kin Kón reza ante su Dios y el fantasma que en esos momentos pasaba se detiene á su lado.

—¡Sacerdote de Budha!

Y este le dice:

—Faltáste á tu palabra ser maléfico.

—No es cierto Kin Kón ¡no es cierto lo que dices! ¡Lo juro!

—Murieron treinta mil! ¿Y lo juras aún? Los he contado yo mismo!

—Yo maté quince mil, como os ofrecí, los otros quince mil. . . . ¡murieron de asombro!

Y el fantasma alzó el vuelo y el sacerdote sumergiése de nuevo en sus rezos y contemplaciones.

Atardece. Y el sol de estío inmuda por última vez los campos de arroz, que comienzan á fructificar.

ARTURO A. AMBROGI.

## Los Pensamientos

Llegué á mi pieza, inquieto, con una alegría mezclada de tristeza. Ya tenía una prueba de ese afecto que á fuerza de constancia yo había hecho nacer.

Allí, cerca de mi corazón, oyendo sus latidos, estaba el pensamiento, fresco, que parecía de terciopelo oscuro: primera flor de la matita que ella regaba, llevando el agua cristalina en el hueco rosado de sus manecitas tersas, sembradas de hoyuelos.

\*\*\*

—Qué turbación al verme entrar; nunca la había visto así. . . Y la morada flor de terciopelo, con manchas de oro, estaba medio oculta entre los cándidos encajes agrupados con profusión en el escote que apenas dejaba ver el nacimiento de un cuello de mármol.

—Ese pensamiento será mío? le había preguntado una vez, cuando apenas era perceptible entre las verdes hojas.

—Suyo?— contestó,— ¡quién sabe!

Y no volví á hablar más de él.

Y ahora ya no estaba en el búcaro hermoso, recibiendo el beso cálido del sol, sino allí, en su pecho de virgen, subiendo y bajando al impulso de las palpitations de un corazón que se desmoronaba.

—Ya corté el pensamiento, me dijo;—yo lo vi á usted cuando venía.

No encontré, por el pronto, ninguna relación entre esas dos distintas expresiones; pero noté que estaba emocionada y que le temblaba la voz.

—Muy hermoso estaba en el jardín me contestó, pero ahora, en su pecho, me parecía mucho más bello aún.

—Como á usted le gustó la otra vez que lo vio. . . .

—Y bien?—Concluya, señorita.

—Lo he cortado para usted.

Y lo desprendió de los encajes, mientras una ola de sangre subía á sus mejillas.

Quizá le dí las gracias, yo no sé: recibí la flor húmeda, la llevé á mis labios y la puse en el ojal de mi levita.

Y ella tenía los ojos fijos en el suelo; y como si se avergonzara de lo que había hecho, huyó como una ave asustada.

Y quedé solo.



Llegué á mi pieza, inquieto, sintiendo una felicidad mezclada de melancolía. Y, tenaz, un recuerdo mordía mi alma.

Fuí, busqué el paquete de la cinta negra, encontré mi primera cartera en que había escrito mis primeros versos; y allí, seco, adherido á la última amarillenta página, estaba un pensamiento.

Lo arranqué de la hoja, y al alzarlo vi una fecha fatal.

ERICO.

San Salvador, 1894.

## DE PASEO.

IMPRESIONES Y SENSACIONES.

Vamos!—Y de un salto subimos todos, en alegre desorden, al wagón que nos espera. Sí. ¡Será está que vamos á hacer una *tournee* sabrosísima!

—¡Tlín!.....¡Tlín!.....¡Tlín!.....!

Ya está! El wagón, al fuerte impulso de las mulas, arranca á rodar pausadamente, luego más ligero, luego rápido. Al estímulo de la fusta, trotan las bestias negruscas y de ancas lucientes y sudorosas.

A un lado y á otro, casas y más casas; gente que atraviesan la calle y es necesario llamarle al atención con el timbre para evitar desgracias. En los balcones caras de mujeres, que ven con curiosidad el fondo del carro. Y luego; al salir al campo, por Casa Mata, ya es un desbordé. Grupos van de paseo, á pie, en carruajes, á caballo, alegres, charlando y riendo fuerte ¡Alegre vida!

Más.....Al carro han subido muchas personas. “¡Lindas muchachas tenemos al frente!” Tigri, el más alegre y decididor de nosotros, las galantea y arroja á sus pies manojos de claveles!—“¡Vaya con el muchacho”, refunfuña una vieja, descreída del amor, y nos lanza unas miradas capaces de atontar al mismo San Juan en persona. Pero él sigue en su camino, más tenaz y persistente que nunca hasta que, quizá cansada una de las favorecidas, le hechó un—¡Tonto!—tan en sus narices que no pudimos contener la risa. “Vaya el percance!” Y entre carcajada y carcajada lo comentamos.

De pronto, el carro se detiene frente á una casa de cuyas puertas sale un murmullo y las armonías cascadas de un piano callejero que magulla desesperadamente un motivo de Pietro-Mica, un wals “La Paloma”, que anardece el ánimo.

—El Tiboli!—¡Abajo! Hé invadimos el recinto—Qué tomas?—“¡Yo, Coñac!

—¡Y tu?—Lagerr!—¡Y tu? Un wiscky!—Des-

pués de saboreados los líquidos, nos vamos de paseo, calle arriba, hacia San Sebastian, dejando atrás al wagón, que ya ha dado su toque de partida.

La calle es ancha, y como toda la mañana ha llovido, está lodosa, llena de charcos. Es necesario ir con cuidado, saltando por temor de enlodarse todo el calzado. Mujeres con canastos en la cabeza, hacen el mismo trayecto que nosotros. Caminan ligeras, con un su paso largo, acompañado con un mecer del brazo izquierdo, mientras con la mano del derecha sujetan el canasto, cubierto de manta blanca. ¡Qué lindos asuntos! Más adelante, una carreta entoldada, es albergue de un grupo de paseantes que van abrazados, casi besándose, ebrios, mientras uno de ellos, mal encarado y en mangas de camisa, rasga una guitarra destemplada y canta, con voz plañidera, coplas indecentes.

Llegamos al pueblo al caer de la tarde. La campana de la iglesita toca el *angelus*. Damos un ligero paseo, divirtiéndonos, riéndonos á grandes carcajadas, saturándonos de un aire fresco y sutil, como haciendo provisiones, para luego gastarlo en la ciudad. Nos mofámos de los rótulos de los *estancos* y pulperías, en las propias narices de sus propietarios que, sentados en las puertas, algunos de ellos sobre basas, otros en taburetes de cuero de buey, fuman sabrosamente sus puros ordinarios. Anochece y es necesario volverse cuanto antes para tomar el carro de las siete. Nos damos á andar ligero y logramos nuestro deseo. Llegamos casi al mismo tiempo en que el wagón va á salir. Un momento más de retardo y hubiéramos tenido que tragarnos á pie el largo trayecto ó pasar una hora más en *El Tiboli*, que nos sería quizá, fastidiosa.

El wagon iba lleno. Como nosotros, muchas gentes habían ido á dar sus paseos. Era domingo. Van alegres, derrochando manojos de risas y conversando rudamente. Aquella alegría burguesa era contagiosa; pero para nosotros nó. En es pescante, sentados en los bordes de la lámina de hierro, íbamos armando una algazara de todos los diablos. Entramos así á la ciudad. ¿Qué nos importaba que la gente nos viese? ¿Divertirse el acaso un delito? Golgorios dominicales! ¡Oh! ¡Qué delicias! Salirse presuroso por la tarde, escabulléndose de los amigos é irse al campo, á corretear, á gritar, á bromear libremente. Procuraos, amigos lectores, estas sanas diversiones! Gazaréis tanto, que será un vicio vuestro con el tiempo. Nuestro lo es ya.

Y.... ¡Como se trabaja con más ahinco, con más gusto, sintiéndose bien, gastando el aire tomado en el campo, aire libre que fortifica los pulmones y da nuevas fuerzas al espíritu!

—*Au revoir*, amigos míos!

CONDE PAÚL.



## Luisa Campos y el baile sevillano.

(DEL LIBRO "AL TROTE")

A poco de encontrarme yo en Madrid se estrenó no recuerdo qué zarzuela, donde Luisa Campos *hace furor*, como dicen los cronistas rutinarios.

Luisa Campos no es una belleza, y, sin embargo, como dice Copée en la *Arrière Saison*, es más bella la sonrisa que la boca, más dulce la mirada que los ojos. . . .

Luisa Campos es una maja vestida de señorita.

Cuando se presenta á bailar en las tablas del Apolo esa mujer, yo tengo la prudencia de sustituir mis gafas de cristales claros por las ahumadas.

En ese baile se compendia toda la poesía manolesca de Madrid: es un baile sin reglas, sin sometimientos clásicos, sin filiaciones; es una mezcla de tango, de merengue, de gota . . . ¡qué sé yo! un taconeo voluptuosamente apagado, que no se sabe si brota de la orquesta ó si está en la atmósfera, que se hincha de rasques de guitarra y de ósculos de jadeantes castañuelas.

Con esas ondulaciones de talle, con esas opulentas curvas de caderas; con ese irisado pañolón de Manila, que es el símbolo de la gracia sevillana, con ese zapateo regocijado, impregnado de luz y de calor; con esos ritmos prodigiosos que salen de la punta de los pies; con eso se triunfa al compás cariñoso del tamboril y las bandurrias, del golpe sonoro de las castañuelas y de los gritos semisensuales de las coplas. . . .

Nada que extasie como esa música inimitable, enervante y siempre nueva, de ardores meridionales y de armonía de sol de fuego; esa música tiene su epopeya selvática en la zambra, en la enagua flamenca, en el sombrero cordobés, en la chaquetilla bordada, en la mantilla blonda prendida de claveles rojos, en el dorado vino Jerez, en el pañuelo salpicado de flores, de sedas y de estambres.

El triunfo de esa música es el baile flamenco.

El baile de aquella célebre y ruidoso Carmenita, que hizo las delicias de los yankees, era una tentativa; el de la Pino, un proyecto; el de la Rosa Tejero, un arte grueso; el de Concha Martínez, un insulto . . . . Pero el baile prestigioso, el gran baile, el baile flamenco y lleno de brío, escultural y desenvuelto, es el de Luisa Campos. Empieza suavemente radioso, ténue, ligero, y luego va creciendo, creciendo hasta el arrebató. . . . Avasalla, domina, enloquece y arranca del pecho un suspiro pletórico de pasión; porque ese baile de Luisa, por un milagro de sinceridad inexplicable, llega al naturalismo "olímpico." Esa mujer siente, goza, sueña en medio de la molicie de la danza, y se entrega al enervante ejercicio en cuerpo y vida, docil y plenamente, como un poeta pido en los brazos de su musa.

Cuando Luisa Campos baila, oigo poesías de todos colores. Cuando quiebra la falda de raso con un golpe de pierna; cuando se arranca en una vuelta rápida; cuando se queda medio arrodillada con los brazos redondos en alto y la cabeza de amazona echada atrás, y cuando, luego se yergue, y se columpia en voluptuoso balanceo é inclina lánguidamente el busto pródigo hacia el público, el aire parece que se embriaga con no se sabe qué alientos de mujer; las luces parpadean uno como sueño de deleite, y los instrumentos de la orquesta tiene notas que se desmayan y se atropellan; cada sonido de flauta, cada queja de violín, cada trémula cuerda del arpa brota gritos, sollozos, tangudeces y voces estremecidas de pasión

¡La orquesta tiene alma entonces, y la mujer, y el baile y todo es apoteosis!

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid.

## RAFAEL NUÑEZ

Diarios de Colombia, venidos por el último correo, afirman la noticia que dió "El Correo del Comercio" de esta capital, de haber muerto el ilustre doctor Rafael Nuñez, Presidente titular de aquella República.

"El Anotador" de Barranquilla enluta sus columnas y de la noticia.

Rafael Nuñez murió el 18 de Setiembre proximo pasado á las 9½ de la mañana, en su posesión de El Cabrero.

"El Figaro" lamenta de corazón la muerte del ilustre hombre que es una de las más altas glorias literarias de Colombia. La muerte del doctor Nuñez es una gran pérdida, que debe llorar América entera.

En el próximo número reproduciremos el soberbio artículo que nuestro glorioso Rubén Darío consagró á Nuñez.

Reciba nuestro más sentido pésame la apreciable familia Nuñez, y la República amiga por la pérdida irreparable que ha sufrido.

Vista en Costa

Se encuentra entre nosotros, después de cuatro años de ausencia, este notable poeta y prosista salvadoreño.

"El Figaro" le cuenta ya en el número de sus colaboradores asiduos. Desde el proximo número nuestras columnas se engalantarán con trabajos de nuestro distinguido amigo.

Imprenta Nacional.